



## El deteriorado archivo personal de Gabriela Mistral

VERÓNICA JIMÉNEZ<sup>1</sup>

Quienes nos hemos interesado por investigar los manuscritos de Gabriela Mistral que forman parte del legado transferido por Doris Atkinson a la Biblioteca Nacional, hemos podido observar de cerca un tesoro inigualable en lo

que se refiere a poetas en lengua castellana; pocos han registrado el desarrollo de su obra, sus procesos escriturales y su biografía íntima de manera tan abundante y minuciosa como lo hizo Mistral, lo que, desde luego, manifiesta una clara intención de dar forma a un archivo personal que gravitara más allá de su muerte. La exquisita amplitud y profundidad de ese archivo, compuesto por miles de escritos, más una cantidad considerable de imágenes y, en menor medida, audios, representó en su momento un desafío enorme para la institución que lo recibió en custodia; la decisión de haber respetado la clasificación realizada principalmente por Doris Dana, albacea de

<sup>1</sup> Escritora, periodista, directora de Garceta Ediciones.

Mistral, y colaboradores, presenta, sin embargo, no pocas dificultades.

Quien se acerque al archivo de Gabriela Mistral, disponible casi por completo a través de la Biblioteca Nacional Digital, encontrará cuadernos y archivadores con distintas caligrafías, además de la de su autora, numerados según un orden aleatorio cuya lógica no es fácil de descubrir; sumado a ello, la ausencia de fechas en distintas versiones de poemas, tanto como en borradores de cartas, representan un escollo adicional para su estudio. Además, en muchos casos, los metadatos del material publicado para su consulta están incompletos, lo que resulta particularmente sensible cuando se intenta establecer relaciones entre documentos. En lo que respecta a las imágenes, por poner un caso, la descripción puede indicar que se trata de una fotografía tomada en un lugar X donde aparece Mistral con amigos, sin que se anote

la identidad de esas personas, tal como se aprecia en el siguiente ejemplo.

Los metadatos señalan acerca de esta fotografía: “1955. Gabriela Mistral sentada junto a una mujer en el exterior de la propiedad de Roslyn Harbor, Long Island en Nueva York”. Es llamativo que la identidad de quien acompaña a Mistral en esa imagen sea resuelta a través de un apelativo impreciso –“una mujer”– siendo que se trata de alguien fácilmente reconocible: la importante escritora estadounidense Carson McCullers, vecina y amiga de la poeta durante sus años en Roslyn Harbor, con quien Mistral posó para un set de fotografías contenidas en el archivo. La omisión de su nombre en la clasificación, debida quizá al desconocimiento o a un olvido de Doris Dana, habría podido ser subsanada vía consulta a un especialista en literatura norteamericana. No se trata de una cuestión menor si consideramos que dicha omisión se convierte en un pie de foto erróneo en el libro *Mi vida con Gabriela. Conversaciones con Gilda Péndola* (Sudamericana, 2025), donde esa “mujer” es identificada como Palma Guillén.

En lo que se refiere a las cartas personales de Mistral, el hecho de que Doris Dana, encargada de la custodia y clasificación de esos documentos, como se señaló antes, fuera ella misma parte de aquel archivo agrega un problema adicional. No es demasiado aventurado preguntarse si Dana realmente conservó todo o si, en cambio,



seleccionó lo que debía preservarse y bajo qué rótulos lo hizo. Un par de cartas mal catalogadas, que muestro a continuación, refuerzan estas interrogantes. Estas cartas habrían sido enviadas, según se describe en los metadatos, a Doris; con esa certeza fueron recogidas en el libro *Doris, vida mía* (Lumen, 2021). Sin embargo, varias informaciones contenidas en ellas hacen deducir que estaban dirigidas a otra persona.

En la transcripción que sigue, las cursivas indican palabras subrayadas por la propia Mistral en las cartas, mientras que en



PATRICIA ŠTAMBUK M.  
**Mi vida con  
Gabriela**

CONVERSACIONES CON GILDA PENDOLA

SUDAMERICANA

negritas destaco palabras que habrían reforzado la idea, ante la compiladora y los editores, de que la destinataria de las misivas era efectivamente Doris; se trata de expresiones afectivas con las que la poeta se

refería a ella en otras cartas. Además de estas marcas, los lectores encontrarán partes de párrafos pintados, que permiten descartar a Doris como destinataria.

4 [de septiembre de 1952]

*Querida, estoy escribiéndote de nuevo ¡perdona! De un lado busco informarte de mis asuntos y del otro... busco sasegar mis nervios. Porque hoy es 4 chiquita, y ¡es el día de las elecciones en Santiago! Veo que en Buenos Aires, quisieron negar la entrada —de paso— a Neruda. Iba a Chile, seguramente por las elecciones. ¡Pero pasó! ¡Me alegra porque siempre me alarma, y mucho, cuando le hacen —a quien sea— el círculo de fuego y lo enloquecen!*

*Llegaron hoy papelotes sobre la lucha electoral. Y me hallé, pobre de mí, encabezando la lista de los adherentes a Matte. ¡Pobre de mí! Jamás he adherido a candidato alguno. Dio mi nombre un literatillo que hace años me definió como «una gloria de pacotilla». Y ahora me aprovecha. Estoy puesta por él la primera en dos columnas de adherentes que son escritores, artistas, músicos, etc.*

*No he podido hacer mi siesta por la neriosidad del día fatal. (No creo en el sufragio, querida; solo sirve en países ultra civilizados y decentísimos como los nórdicos y tu Uruguay.) Tú sabes que mis paisanos han tenido el impudor de lanzar a Ibáñez —los mismos que le llaman el Caballo—. Hasta mañana 5, en la noche, creo que no sabré nada sobre el patrón que me han dado. Los más creen en el triunfo de Ibáñez. Matte, en verdad, es demasiado «señor» —en el mejor sentido de la palabra— para gustar al pueblo. Toda su gente es limpia como él—su familia—pero eso lo daña con los sucios. Estoy, también en este día crítico esperando otra cartita tuya sobre detalles que te he pedido de precios de casa chica y con huerta en ese punto de que me hablaste. El gasto de tu ida allá es mío, querida.*

*Yo me doy cuenta de que mi nerviosidad y mi poca dicha vienen, sencillamente, de que no hago ejercicio físico. Pero no me gusta otro que el de huertear, es decir: podar, regar, remover el suelo, etc. Y pasar el día en el huerto. Tengo aquí muy poco trabajo en la oficina.*

*Chiquita, a mí se me suben los colores a la cara cuando veo en tus cartas el que tú me abultas de más, sí, me abultas demasiado. Yo soy una mujer vieja – 62 años – que tiene un poco de meditación, otro de lectura y lo demás de conversación... Me ha fatigado algo ese poema largo que se me ocurrió hacer en dos rimas solamente... Nunca hice eso sobre tal extensión de versos. Está acabado; pero quiero embutir estrofas aún, porque solo ahora mis chilenos me han mandado libros de botánica y zoología. Cuando casi todo está hecho. Soy yo, caminando con un indito medio quechua por el territorio de Chile. Es el pretexto para contar el camino, o sea el llamado Valle Central de Chile. Ahora mismo te dejo por él, porque recuerdo una plantitas –los helechos altísimos del sur (Sigo después).*

Como se aprecia en esta carta, el segmento “tu Uruguay” nos pone de inmediato ante una disyuntiva: ¿bajo qué supuesto le hablaría Mistral a Doris de “tu Uruguay”? ¿estaría apelando a un código entre ambas para nombrar otro lugar? Lo segundo parece improbable, dado el contexto en el que la poeta refiere las elecciones presidenciales de Chile, señalando aquel “tu sabes”, en contraste con el consejo que le da a Dana en una carta anterior para que lea la prensa. Definitivamente, Mistral dirige sus palabras a una mujer uruguaya, alguien con quien puede “conversar” sobre política chilena y de otros países sudamericanos con soltura. Esta convicción adquiere más peso al leer la carta siguiente.

*6 de septiembre [de 1952]*

*Y en los días, 4 y 5, querida, todo se consumó en mi pobre país sin resistencias morales. El triunfo fenomenal del generalote nadie lo entiende pero casi todos lo han hecho. Tú habrás visto las cifras que cantan. Hace rato que yo observo en los que pasan por aquí una mente y una lengua fascistas. El Matón, tú lo sabrás, está ligado con Perón estrechamente. El odio criollo a los Estados Unidos ha hecho lo demás, junto con la miseria creada por el botarate González Videla quien ahora saldrá escapado con sus millones, hacia Europa tal vez. Es la eterna comedia que me oí de chica, de mujer y de vieja en cualquier punto de la América tropical. Eso ya ha bajado hacia nosotros, chilenos.*

*Tal vez ya se venga en camino alguna carta tuya con los datos que te pedí sobre el costo de la vida en algún lugar de la provincia, gasto de tres personas: yo, la que me cuide y la criada. Me urgen.*

*He llamado a Palma y hoy hablaremos.*

*Vino a casa hace un mes o más una mujer que ahora aparece de sopetón como personaje ibañista, tal vez vino de espía. Mis respuestas a su emboscada conversación sobre Ibáñez debe estar ya en el oído de este. Y llega una carta de ella de lamentación sobre mi terquedad para oír y saber del patrón. Seguramente vino a eso. Se vive aquí con un ir y venir de espías. Procuraré saber qué camino toma Pablo allá. Me importa mucho esto. Un abrazo, querida. Reza por mí.*

*Gabriela.*

En esta segunda carta, queda aún más claro que no es a Doris a quien escribe Mistral sino que a alguien a quien le ha encargado buscarle una casa “en algún lugar de provincia” para tres personas: “yo, la que me cuide y la criada”. Para comprender esta petición, hay que revisar las cartas anteriores dirigidas a Dana: efectivamente, Mistral le había manifestado que deseaba salir de

Italia, donde residía entonces, hacia un destino aún no definido, que podría ser Uruguay, donde tenía amigos que le conseguirían una ocupación como docente en alguna universidad, o quizás hasta la provincia de Elqui, donde poseía una casa, u otro lugar aún indeterminado, con la condición de que hubiera una huerta de la que ocuparse. Al mismo tiempo, en las cartas anteriores dirigidas a Doris, entre junio y septiembre de 1952, se deja ver la aprehensión de Mistral de que la relación sentimental entre ambas hubiera definitivamente terminado. Doris había salido de la casa de la poeta en Rapallo sin siquiera despedirse, en compañía de una amiga, probablemente Marina Núñez del Prado, escultora boliviana, y no respondía las cartas. Así se entiende que Mistral le pidiera a su destinataria uruguaya encontrarle una casa no para ella y Doris, sino para ella y “la que me cuide”.

Gabriela Mistral tenía amistad con varios intelectuales uruguayos; la más estrecha de ellas era con la escritora Esther de Cáceres. Una revisión de un par de cartas entre ambas en septiembre de 1952 permite, finalmente, establecer que las dos misivas catalogadas erróneamente estaban dirigidas a ella. Esther de Cáceres fue confidente y cómplice de los secretos de Mistral, fue parte de la campaña por el Nobel, la acompañó en su viaje a Chile en 1938, estuvo en Brasil con Gabriela y Palma tras la muerte de Yin Yin en 1943 y en 1960 realizó gestiones para trasladar el cuerpo de Mistral desde Santiago a Montegrande. El hecho de que dos de las cartas dirigidas a ella estén catalogadas en el archivo como destinadas a Doris Dana tiene varias implicaciones en la interpretación de la relación Gabriela-Doris, pero, además, oblitera una amistad importantísima en la

vida de Mistral y, por cierto, relega a un segundo plano a la propia figura de Esther de Cáceres.

Unas cartas mal catalogadas son una dificultad mayor para quien consulte el archivo de Mistral, sin ninguna duda. Se puede conjeturar sobre si se trata de un error involuntario o si más bien esto responde a motivaciones tales como relevar la presencia de Doris en la vida de la poeta o minimizar la importancia de otras mujeres, etcétera. En cualquier caso, es quizás pertinente someter el asunto a algunas reflexiones en torno al “mal de archivo”, según lo planteado por Derrida: el archivo como estructura de mando y poder, de inclusión y exclusión; por supuesto, la paradoja de atesorar el pasado y, por otra parte, descartar algunas huellas se vuelve aún más complejo tratándose de un albacea, que fue también su pareja sentimental. Desde esta perspectiva, y sumando el examen de otros documentos, por ejemplo, las cartas de Esther de Cáceres, mal escaneadas, mutiladas algunas, podría sostenerse que el archivo mistraliano es un archivo *deteriorado*.

Por lo pronto, hay consideraciones que se deberían tener presentes respecto al trabajo con este material, especialmente atendiendo a los errores de procedimiento que acechan también al investigador, al recopilador y al editor. Algunos de ellos son el delegar la transcripción de textos a un ayudante, realizar análisis de los materiales reunidos con poca rigurosidad y omitir, al seleccionar lo que se publicará, algunos textos importantes. Desde luego, la ansiedad por publicar, que no es infrecuente tratándose de los papeles inéditos de Mistral, puede acarrear el descrédito del “especialista” que trabaja en solitario, casi secretamente, y al parecer sin dudar, pero, sobre todo,

perjudica la recepción de los lectores que recibirán esos textos mediatizados por un estudioso. Así planteado, la pregunta surge por sí sola: ¿Por qué un legado tan importante como el de Gabriela Mistral no se ha asumido aún como tarea de un equipo interdisciplinario? Sin duda, la crítica genética, la filología, los estudios literarios, la archivística y otras especialidades mancomunadas podrían rendir buenos resultados.

*Imágenes de este archivo (por orden de aparición): “La letra con sangre entra”, de Roser Bru; Fotografía de Mistral con Carson McCullers; Portada del libro Mi vida con Gabriela, de Patricia Stambuk; homenaje a Gabriela Mistral, de Roser Bru.*

